

COMEDIA FAMOSA
DE LA FINGIDA ARCADIA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

LUCRECIA, condesa.	DON FELIPE, caballero.
ALEJANDRA, dama.	FELICIANO, caballero.
HORTENSIO, viejo.	CONRADO, <i>idem</i> .
CARLOS, caballero.	DON PEDRO, <i>idem</i> .
PINZÓN, lacayo.	DON ROGERIO, <i>idem</i> .
ANGELA, criada.	UN CRIADO.
LARISA, labradora.	

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen LUCRECIA y ANGELA, criada.

LUCRECIA.

«Silvio, á una blanca corderilla suya de celos de un pastor, tiró el cayado con ser la más hermosa del ganado. ¡Oh amor! ¡qué no podrá la fuerza tuya! Huyó quejosa, que es razón que huya habiéndola, sin culpa, castigado; lloró el pastor, buscando el monte y prado; que es justo que quien debe restituirla.»

Hallóla una pastora en esta afrenta, y al fin la trajo al dueño, aunque tirano, de verle arrepentido, enternecida.

Dióla sal el pastor, y ella contenta la toma de la misma ingrata mano, que un firme amor cualquier agravio olvida.»

No se pudo decir más; hasta aquí la pluma llega.

ANGELA. Pluma de Lope de Vega la fama se deja atrás.

LUCREC. ¡Prodigioso hombre! ¡No sé qué diera por conocerle! Á España fuera por velle, si á ver á Salomón fué la celebrada etiopisa.

ANGELA. Compara con proporción que no es Lope, Salomón.

LUCREC. Lo que su fama me avisa, lo que en sus escritos leo, lo que enriquece su tierra, lo que su espíritu encierra, y lo que velle deseo, mi comparación excusa; y á él le da más alabanza, lo que por su ingenio alcanza que á esotro su ciencia infusa. Tan aficionada estoy á la nación española, que porque tú lo eres, sola, contigo gustosa estoy lo más del día.

ANGELA. Madrid es mi patria, corte digna de España, madre benigna del mundo.

LUCREC. Valladolid dicen que es competidora de su grandeza.

ANGELA. Si fuera si el clima y cielo tuviera que á Madrid hacen señora. Mas, si sus partes te alego contestarás que es mejor: patria es Madrid del amor, y así está fundada en fuego. Agua los celos la han dado, si su fuerza hace llorar,

de fuentes que pueden dar salud al más deshauciado. Si saber sus frutos quieres flora sus campos corona, su tributaria es Pomona, sus venteros Baco y Ceres. Dale en olivos Minerva oro puro y generoso, ganado, el monte, sabroso, tomillos el campo y hierba. Las musas un Alcalá que llamar Atenas puedo; la cortesía, un Toledo que doce leguas está. Sus hechizos, la hermosura, sus hazañas, el valor; su mansedumbre, el amor; sus milagros, la ventura; nuestra religión su ley de quien es seguro norte, dos mundos la dan su corte, la corte la da su rey. Goza del llano y montaña que sus términos incluye; y en fe que en todos influye valor, es centro de España.

LUCREC. Di patria ilustre también de Lope, y diráslo todo.

ANGELA. Si á tu gusto me acomodo no es ese su menor bien.

LUCREC. Yo, después acá, que estoy en el español idioma ejercitada, si á Roma á Tulio por padre doy de la latina elocuencia, y al Bocaccio en la toscana, á Lope en la castellana no le hallo competencia. Más de un desapasionado me ha dicho de tu nación que en la prosa, á Cicerón, estilo y gracia ha imitado, y á Ovidio en la suavidad y lisura de sus versos, sonoros, limpios y tersos, confirmando esta verdad con lo que en sus libros hallo.

ANGELA. Si él ese favor oyera ¡qué bien le correspondiera!

LUCREC. ¡qué bien supiera estimallo!

ANGELA. ¿Agradece?

ANGELA. Aunque hay alguno que apasionado lo niega, es tan fértil esta vega que paga ciento por uno.

LUCREC. Pero ¿qué piensas hacer con tantos libros aquí?

ANGELA. Todos son suyos y así, ya que no le puedo ver, mientras gasto bien los ratos que recreo en su lección, si los libros suyos son veré á Lope en sus retratos.

LUCREC. Con tanto libro, parece estudio éste y no jardín.

ANGELA. (Están todas las obras de Lope en un estante.)

LUCREC. Mejor dirás camarín que al alma de ley se ofrece.

ANGELA. Aqueste es el Labrador de Madrid, primero fruto de Lope.

LUCREC. Hermoso tributo que á un tiempo da fruto y flor.

ANGELA. Es divino.

LUCREC. De justicia, lo primero á Dios se debe; por eso quiere que lleve Lope, el cielo, su primicia.

ANGELA. No ha escrito él otro mejor.

LUCREC. Imitó, discreto, en él á la ofrenda que hizo Abel si Caín dió lo peor.

ANGELA. Esta es la Angélica bella.

LUCREC. ¿Que Ariosto se le compara? ¡Valientes octavas!

ANGELA. Rara habilidad, y en ella la Dragontea compite del rayo de Ingalaterra.

LUCREC. Escribe en la paz la guerra lo que la pluma permite.

ANGELA. Mira en un cuerpo pequeño mil almas.

LUCREC. Bien le sublimas.

ANGELA. Este se llama las Rimas de Lope.

LUCREC. Son como el dueño: ¡qué canciones, qué sonetos, qué églogas, qué elegías!

ANGELA. Las noches gasto y los días en meditar sus concetos. ¡Si viviera Garcilaso celebrárale más bien!...

LUCREC. Esta es la Jerusalén.

ANGELA. No la iguala la del Taso. Mira sus octavas llenas de sentencias y doctrinas; sabio en las letras divinas, pues no escribe verso apenas sin allegar un autor, y hallarás en cualquier parte entre las veras de Marte, mezcladas burlas de amor.

ANGELA. Aqueste es el Peregrino.

LUCREC. Más lo es quien lo escribió.

ANGELA. Qué bien faltas enmendó, siguiendo el mismo camino de aquel Luzmán y Arborea, cuyas Selvas de aventuras por Lope quedan oscuras.

LUCREC. ¡Qué bien los Autos emplea que mezclados en él van!

ANGELA. ¡Qué elegantes, qué limados!

LUCREC. Y más bien acomodados que los que mezcló Luzmán. Los pastores de Belén son éstos.

ANGELA. Si labrador fué con Isidro, pastor sabe Lope ser también.

LUCREC. Resucitó villancicos en su mocedad cantados, y agora en Belén honrados

- entre amorosos pellicos.
Todas éstas son comedias.
- LUCREC. Décima séptima parte
ha impreso.
- ANGELA. No hay que espantarte,
que aún esas no son las medias
que tiene escritas.
- LUCREC. Pues ¿cuántas
ha compuesto?
- ANGELA. Novecientas.
- LUCREC. Si los años no le aumentas
¿dónde hay vida para tantas?
- ANGELA. Ésta es verdad conocida
en España.
- LUCREC. Yo le diera
por cada una, si pudiera,
Angela, un año de vida.
- ANGELA. A novecientos llegara
siendo otro Matusalén.
- LUCREC. En él se lograrán bien.
- ANGELA. En este último repara
que es la *Filomena*.
- LUCREC. Canta
Lope aquí, por *Filomena*,
de suerte que ya es sirena
si ave fué, pues nos encanta.
Pero, para echar el resto
al nombre que le hace claro
y afrontar al Sanazaro
en la *Arcadia* que ha compuesto,
metafóricos amores
en otra *Arcadia* mira,
sus sutilezas admira,
ten envidia á sus pastores.
Que yo, creyendo que piso
márgenes de su Erimanto,
si, con *Belisarda* canto,
lloro celos con Anfriso.
No sé divertir los ojos
de sus versos y sus prosas,
de sus quejas sentenciosas,
de sus discretos enojos.
De día ocupa mi mano,
de noche mi cabecera.
¡Ay quien transformar pudiera
vida y traje cortesano!
En la comunicación
de sus *Leonisas*, *Anardas*,
Amarillis, *Belisardas*,
¡quién oyera á un *Galafrón*,
un *Menalca*, un *Enareto*,
un *Brasildo*, un *Locriano*,
un rústico cortesano,
un *Celio*, un *Lauro* discreto!
¡Oh, si el *Pó*, que nuestra quinta
riega y fertiliza tanto,
trocándose en Erimanto
la *Arcadia* que Lope pinta
á *Lombardia* pasara...!
¡Oh, quién *Belisarda* fuera!
¡Quién á un *Anfriso* quisiera
y á su *Olimpo* desdenara!
- ANGELA. Si en deseos semejantes
te desvaneces, señora,
notable falta hace agora
en nuestra España *Cervantes*;
que, á su manchego hazañoso

loco por caballerías
le prometió en breves días
hacer legítimo esposo
de otra dama, que, perdida
por quimeras pastoriles,
entre *Dianas* y *Giles*
rematase seso y vida.

ESCENA II

Salen cantando DON FELIPE, de pastor,
y ALEJANDRA, dama, LARISA, labradora, y cantan.

- TODOS. «Alma perseguida
romped la cadena;
que tan triste vida
para nada es buena.
- UNO. Pesares amigos,
haced como tales
que os haré testigos
de mayores males.
- OTRO. Falsas alegrías,
vanas esperanzas;
agora sois mías
porque sois mudanzas.
Si el amor se olvida
acabad mi pena.
- TODOS. Que tan triste vida
para nada es buena.
- UNO. ¡Ay! mis ojos tristes
no sintáis llorar;
pues mirar supistes
saberlo pagar.
- OTRO. Quien me mata muera;
vergüenza ha de ser;
pero más lo fuera
dejarlo de hacer.
- UNO. No viva afligida
quien celosa pena.
- TODOS. Que tan mala vida
para nada es buena.»
- LUCREC. Tan bien venido seáis
como la canción es buena.
Lope sus versos ordena:
á su *Arcadia* los hurtáis;
para darme gusto á mi
no hallaréis lisonja igual.
- ALEJAND. Ya en la *Arcadia* pastoral
el *Pó* se vuelve por ti;
que puesto que eres *Condesa*
de *Valencia del Pó*, has dado
en ennoblecer el prado
que con tu vista interesa.
Nueva primavera y flores
y dejando la ciudad
en aquesta soledad
gozan fingidos pastores,
que en libros de España miras
lo que á tantos potentados
causa celos y cuidados.
- LUCREC. De cortesanas mentiras
huyo, *Alejandra*; no creo
encarecimientos locos
más ciertos, cuanto más pocos;
amores honestos leo,
que ni pueden engañarme
con su sabia sencillez,

ESCENA III

Sale HORTENSIO, viejo.

- HORTEN. *Lucrecia*, por tu respeto,
después que te desvaneces
á estas selvas retirada,
en libros de poco fruto,
de tu ociosidad tributo,
paso una vida cansada.
Soy tu tío, y en tu estado
me has hecho gobernador;
llámame padre tu amor;
como tal, me da cuidado,
el poco con que te veo
de lo que te está más bien.
Tus vasallos que te ven
incasable, con deseo
de que les des un señor
á tus méritos igual,
justamente llevan mal
de que malogres en flor,
sin fruto tus verdes años
tan dignos de apetecer;
el gobierno en la mujer
es violento, y causa engaños.
Dale dueño á tus estados
que envidian á *Lombardia*
á quien te sirve, un buen día,
y treguas á mis cuidados.
Deja libros fabulosos,
quintas, bosques, soledades.
- LUCREC. Basta, que aunque persuades
con afectos amorosos,
primero es el aprender
tío, que el ejercitar.
En libros aprendo á amar;
en sabiendo bien querer,
daré á mis vasallos gusto
y á tu consejo atención;
porque, sin inclinación
ya tú sabes que no es justo.
- HORTEN. Muy gentil flema es la tuya
para los muchos amantes,
que juzgan siglos instantes,
deseando que concluya
el amor sus pretensiones.
- LUCREC. Qué, ¿tantos son por tu vida?
- HORTEN. ¿No lo sabes?
- LUCREC. Se me olvida.
- HORTEN. Dos condes y seis barones,
un duque y cuatro marqueses.
¿Caballeros? ¿No hay contallos?
- LUCREC. Si he de escoger y estimarlos,
fuerza será que confieses
que para hacer elección,
algún tiempo es menester.
Mi esposo no ha de tener
ni falta, ni imperfección;
muchas he considerado
en los que su amor me ofrecen,
que, en mi opinión, desmerecen
mi gusto, si no mi estado.
De todos tengo una lista
que, si vuelves esta tarde
te harán un copioso alarde:
pasa por ellos la vista,
y si de alguno supieres
- ni con lisonjas, tal vez
persuadirme, ni obligarme.
Cuando me cansan los cierro,
cuando me alegran los abro,
en ellos firmezas labro
ya diamantes, si antes hierro;
sobre gustos no hay disputa,
déjame con mi opinión.
- FELIPE. En ella cobran sazón
río y monte, flor y fruta.
Honre, señora *Condesa*,
nuestros campos, pesía á tal:
personas viste el sayal.
Tal vez en la mejor mesa,
entre el pavo y francolin,
sabe bien el salpicón;
gente los pastores son,
amor nació en su jardín.
En las cortes vive el vicio,
y en el campo el desengaño;
la sencillez viste paño
si sedas el artificio:
sepa, señora, de todo;
buena Pascua le dé Dios.
- LUCREC. Más os precio *Tirso*, á vos,
cuando me habláis de ese modo,
que cuantos la corte cria.
En sus doseles nació,
ilustre sangre adquirí,
toda esta comarca es mía;
lisonjas sé de palacio;
verdades quiero saber,
aprisa vive el poder,
vivir quiero aquí despacio.
- FELIPE. Yo sé de cierto señor,
harto regalado y tierno
que, acostándose el invierno,
después que el calentador
la cama le sazónaba,
se levantaba en camisa,
y dando causa á la risa
desnudo se paseaba.
Burlábase de él su gente,
y juzgaba á desvario
que tiritase de frío
y diese diente con diente,
quien abrigarse podía;
más él, después de haber dado
sus paseos, casi helado,
á la cama se volvía,
diciendo: para estimar
el calor que agora adquiero
es necesario primero
el frío experimentar.
Ya que su excelencia sabe
tanto de corte y grandeza,
pruebe aquí, vuestra llaneza
más humana y menos grave;
y sabrále allá más bien
el trato y soberbia real,
que quien no ha probado el mal
poco, ó nada, estima el bien.
- LUCREC. Pastor de *Arcadia* pareces
según estás hoy discreto.

- que vive libre de todas,
trátame, Hortensio, de bodas.
- HORTEN. Mientras á hacer no le dieres
á un escultor, ó platero,
¿dónde le piensas hallar
sin falta?
- LUCREC. Yo no he de amar
á quien la tenga: esto quiero.
No me canses: déjame.
- ALEJAND. En la Arcadia donde miras
disfrazadas las mentiras
podrá ser que alguno esté
con la perfección que pides;
y si haces elección de él,
te casarás en papel
vengando á los que despides.
- LUCREC. ¿Quiéren no darme pesar?
¿Quiéren dejarme leer?
- HORTEN. O muda de parecer
ó no te esperes casar. (Vase.)
- ALEJAND. Pues gustas quedarte sola
con tus libros, prima, adiós. (Vase.)
- LUCREC. Quedáos aquí, Tirso, vos,
que de la Arcadia española
no pequeña parte os cabe.
- LARISA. Oliendo á loca me va
nuestra condesa.
- MUR. O lo está;
á uno dice y otro sabe. (Vanse estos.)

ESCENA IV

LUCRECIA Y DON FELIPE.

- FELIPE. Seis meses ha, prenda mía,
que disfrazado por vos,
trueco sedas en sayales,
¡metamorfosis de amor!
Dióme por patria á Valencia
el cielo, en cuya región
cuando hay guerra reina Marte,
cuando hay paz, el ciego dios.
Perdido por lo primero,
juventud é inclinación,
me sacaron de mi patria,
porque siempre mi nación
trasplantada en otros reinos
hazañas fructificó;
que no tiene, donde nace
el oro, tanto valor.
Vine á Milán, plaza de armas,
de Alemania munición,
en que Marte viste acero
telas y brocado el sol;
á la guerra del Piamonte
voló la fama veloz
cubriendo hazañas de plumas
y noblezas de opinión.
Dióme el gran duque de Feria,
milanés gobernador,
una tropa de caballos
debajo la protección
de aquel Pimentel invicto,
valeroso sucesor
de aquel padre de la patria,
de aquel Numa, aquel Catón,
que fertilizando canas

á la Iglesia dió un pastor,
un mayordomo á su reina,
tres columnas á su Dios,
tres Alejandro á Marte,
á España hijos veintidós,
mil glorias á su alabanza
y á medio siglo un nector.
Con él asalté á Verceli,
y después en la facción
de la Valtelina, pude
gratullarme triunfador.
Cobróme desde aquel día
generosa inclinación,
no examinada en palabras,
moneda vil de vellón,
sino en obras, que libraron
sus quilates al favor
que eslabonan beneficios
cadenas de obligación.
Venimos desde Milán
hasta Valencia del Pó,
de quien os llamáis condesa,
cuando fénix suyo sois.
Vuestro nombre, que en Italia
ser posible publicó
el hallarse en un sujeto
la hermosura y discreción,
nos trajo á veros, quedando,
esta vez, corta con vos
la fama, y no la hermosura,
pues sois su exageración.
Liberal nos festejastes
ya en saraos, donde amor
fué el maestro de danzar
y su discípulo yo;
ya en banquetes, donde pudo
igualar la ostentación,
la riqueza, el artificio,
la abundancia, á la sazón.
Los propósitos jugamos
una noche entre la flor
de esta quinta, que al dios niño
cría abeja, si áspid no;
mi ventura ó mi desdicha
os dió asiento entre los dos:
mi general, el derecho;
yo, el lado del corazón.
Entré libre, salí enfermo,
quema el fuego, ciega el sol:
pague incendios, llore engaños
quien tan cerca se llegó.
Cuántas veces al oído
os hablaba, bien sé yo
lo que alargaba conceptos
por gozar de aquel favor;
despropósitos del juego,
aunque dieron ocasión
á la risa, declararon
propósitos de mi amor.
Dábanles otro sentido;
y tal vez discreta vos,
mudábades mis palabras,
al paso que la color.
Perdí y gané el acabarse
el juego y conversación:
gané el ser de vos querido;
perdí el seso, que mejor

bien sabéis vos, prenda mía,
que divirtiendo el calor
cuando todos registraban
ya la fuente, ya la flor;
tribunal de mis desvelos,
aquel verde cenador,
que en el pleito de mis ansias
sentenciastes contra vos;
agradecida y piadosa
admitistes mi afición,
como equívocos regalos
con reciproco favor;
el cristal será testigo
de esta mano que selló
en mis labios el secreto
que conserva el corazón.
Salí del jardín confuso:
si vencido, vencedor;
si amante, correspondido;
si con deudas, acreedor.
Llegó el día de ausentarnos,
(¡noche Jijera mejor!),
despedímonos corteses,
él contento, triste yo;
pero apenas cuatro millas,
en la breve dilación
de vuestra hermosa presencia,
(¡qué larga me pareció!),
anduvimos, cuando el alma,
como Clicie tras el sol,
á la luz de vuestra vista
los pasos retrocedió.
Fingí con mi General
que al partir se me olvidó
una joya en vuestra casa
de no poca estimación.
Dije bien, pues en rehenes
el alma se me quedó;
en empeños la esperanza;
la libertad en prisión.
Dí la vuelta á vuestra quinta,
¡juzga con qué prisa, vos,
si las alas que amor lleva
no son plumas, llamas son!
Disfrazóme en ella, en fin,
el sayal de labrador;
amor siembro, cojo celos,
fruto espero, no dais flor.
Seis meses ha, mi Lucrecia,
que, como mal pagador,
entretienen esperanzas
una y otra dilación;
en el campo, dueño mío,
no hay labranza sin temor;
no hay cosecha sin recelos;
sin trabajo no hay sazón.
Pero ¿qué ha de hacer quien mira
que malogran mi labor
tanto amante pretendiente
de quien soy competidor?
Soy extraño, propios ellos,
poderosa la acción,
variable la fortuna,
ellos ricos, mujer vos.
O matadme ó dadme vida;
que ni yo Tántalo soy,
ni para esperanzas largas

(Bésasela.)

tiene flema un español.

LUCREC. Jardinero de mis ojos,
imperio de mi albedrío,
dueño de mis pensamientos,
esfera de mis sentidos,
regalo de mi memoria,
sol que adoro, luz que miro,
(que no sé decir ternezas,
si no se las hurto á Anfriso),
á dar fondo los quilates
de tu amor, la fe que al mío,
horas llamas los años,
si llamas los meses siglos.
¿Dilaciones encareces?
Caro vendes ó amas tibio;
pues enfermo está el amor,
que se cansa en el camino.
Jugando empezaste á amar,
y como tahir no has sido,
cansástete, no me espanto,
que es, Felipe, tu amor niño.
Los propósitos jugamos,
y son tan firmes los míos
en materia de quererte,
que por adorarte olvido
los títulos que pretenden,
con derecho más antiguo,
usurparte el que te doy
de esposo y dueño querido.
Sobre palabras se juega,
el crédito tengo rico,
no te levantes tan presto;
cédulas, mi bien, te libro,
que no son, dirás, quebradas,
pues paga á plazo cumplido
el juez noble cuando pierde,
por palabra ó por escrito.
Si cultivando esperanzas
vives, labrador fingido,
yo también, porque te adoro,
cortes deajo y quintas vivo.
¿Qué celos tus flores hielan?
¿Qué mudanzas ó desvíos
el fruto te desazonan,
que ya tan cercano has visto?
Tus esperanzas dilato,
porque temo los peligros
que te amenazan, si de ellos
cautelosa no te libro.
Poderosos pretendientes,
¿qué han de hacer, si ven que elijo
en su ofensa á un español
hasta el nombre aborrecido?
Escribamos, pues te ampara,
caro amante, el Duque invicto
de Feria, porque á su sombra
no te ofendan enemigos;
y entretanto engaña el tiempo,
pues sustentan á amor niño
alimentos de esperanzas
que yo, por darlas alivio,
de día, cuando el recato
no me deja hablar contigo,
gasto el tiempo en aprender
cómo amarte, en estos libros;
las noches encubridoras
de enamorados delitos,

lo que estudio con el sol
á la luna te repito;
después que pastor te veo
tan pastora el alma finjo,
que me juzgo Belisarda
y te considero Anfriso;
si, como él, sospechas tienes,
ni hay competencias de Olimpo,
ni fuerzas de Clorinaro,
ni venturas de Galicia.
Triunfa dichoso de todos,
que, ni vuelve atrás el río,
ni retroceden los cielos,
ni se muda al viento el risco,
ni yo, que los aventajo,
y en la eternidad dedico
trofeos de mi estancia,
mientras en firmeza imito
bronces, aceros, diamantes,
sol, esferas, tiempos, ríos,
robles, cedros, lauros, palmas,
muros, montes, peñas, riscos...
Si amarte finjo,
mátenme celos y en ausencia olvido.

FELIPE. Si deseos dilatados
hallan en ti tal alivio,
¡dulce dueño de mis ojos!
poco tiempo he padecido.
Más valen las esperanzas
que en ti logro, los suspiros
que en ti alegre, las sospechas
que en ti aseguradas miro,
que las posesiones de otros.
Liberal pagas servicios,
piadosa, remedias penas,
pródiga, haces beneficios.
Injustas mis quejas fueron:
¡perdón, humilde te pido!
Jacob soy, mi Raquel eres,
su amor y paciencia imito;
no trocaré desde hoy más
estos jardines Elisios,
estos dichosos sayales,
estas fuentes, este río,
por la silla del imperio,
por los tesoros del indio,
por las telas de Milán,
por las púrpuras de Tiro.
Pastor soy, no soy soldado,
galas dejo, armas olvido;
sólo á Belisarda adoro
que me transforma en Anfriso.

ESCENA V

Sale ANGELA.

ANGELA. Cansando están esas puertas
competidores prolijos,
por saber resoluciones
de su amor desvanecido.
Aquí está el duque Alejandro,
los marqueses Federico
y Pompeyo, los dos condes
Marco Antonio y Julio Ursino.
Despídelos de una vez,
ó da la mano al más digno;

porque entre tantos llamados
venga á ser el escogido.

LUCREC. ¿Hay estado semejante?
Ven; que en un papel que he escrito,
verás, Angela, cuán bien
de sus locuras me libro.

ANGELA. En fin, ¿no quieres casarte?
LUCREC. De estas selvas he aprendido
gustos de la libertad.
(A Felipe.) ¿Qué os parece?

FELIPE. Aqueso pido.
(Vanse.)

ESCENA VI

Salen FELICIANO, ROGERIO, CARLOS, CONRADO
y HORTENSIO, viejo.

FELICIANO.

Yo sé que la Condesa se retira,
porque, cortés, rehusa desdeñaros,
y mis deseos con cuidados mira,
por más que la pasión llegue á cegaros.

ROGERIO.

La confianza que tenéis, me admira,
cuando favores, puesto que no claros,
seguros, anteponen mi ventura
á la consecución de su hermosura.

CARLOS.

No he visto yo, hasta agora despreciados
los méritos, que en mí, Lucrecia, estima.

CONRADO.

Si paga amor, y no desprecia estados,
duque de Ursino soy, y ella es mi prima.

HORTENSIO.

Todos sois en Italia titulados,
y á todos la esperanza que os anima
os tiene, en su amorosa competencia,
esperando suspensos la sentencia.
Vuestras ilustres partes la he propuesto:
el término se cumple aquesta tarde,
en esta quinta el tribunal ha puesto
amor, niño absoluto; el vuestro aguarde
y vaya cada cual con presupuesto,
que amor en elecciones no hace alarde
de méritos ni partes, pues, si elige,
no por razón, por voluntad se rige.
Uno ha de ser, no más, el escogido;
culpen á las estrellas los llamados.

CARLOS.

Seguro estoy que soy el preferido.

ROGERIO.

Presto veréis que premia mis cuidados.

ESCENA VII

Sale ANGELA.

La condesa, señores, que ha sabido
que del hilo de un sí penáis colgados,
de este papel me manda á ser correo,
remitid á los ojos el desco. (Vase.)

ESCENA VIII

Dichos, menos ANGELA.

CARLOS. Léale, Hortensio.
HORTEN. Así dice:
(Lee el papel.) «La condesa de Valencia
que dar gusto á sus vasallos
y elegir esposo intenta,
entre los que en Lombardía
pretensiones manifiestan,
dignas, por sus muchas partes,
de mayor dote y belleza,
no sabe en cuál resolverse,
temerosa que se ofendan
los que, escogiendo á uno solo,
han de excluirse por fuerza.
Además, que, como el alma
se rige por sus potencias,
voluntad y entendimiento
y por sus objetos éstas:
así, como la verdad
es el objeto y esfera
que el entendimiento mira
y no puede obrar sin ella,
del mismo modo que puede
obrar la voluntad ciega
sin la bondad, que es su objeto,
la cual ha de ser perfecta
y bella en todas sus partes;
para que el amor lo sea,
pena que si una le falta
ya no es bondad ni belleza,
en esto no hay poner duda,
pues es, por común sentencia:
Bonum ex integra causa,
nace el bien, de causa entera,
y no siéndola ya es mala,
porque el mal, es cosa cierta
qué es: *Ex quocunque defectu,*
por cualquier causa pequeña,
según esto, si ha de amar,
voluntad que no está enferma,
al bien, y éste no lo es
como algún defecto tenga:
la que, sin considerarlo
á marido se sujeta
imperfecto y defectuoso,
ó no tiene amor, ó es necia.
Yo, pues, por no parecello,
entre tanto que no vea
hombre en todo tan cabal
que ser objeto merezca
de mi voluntad y amor,
no he de casarme, aunque pierda
la vida en este deseo:
por no amar, ó amar de veras;
he ponderado las faltas
que tienen los que desean
este casamiento mío;
y, porque cuando las sepan
de sus intentos desistan,
me ha parecido ponerlas
en esta breve minuta.
Si las juzgaren pequeñas
para esposo, no lo son;
que el mal, para que lo sea,
Est ex quocunque defectu

como el bien de causa entera.»

CARLOS. ¿Latines sabe esta dama?
HORTEN. Estudian las de esta tierra
que se pican de curiosas;
y eslo mucho la condesa.

FELICIAN. Ahora bien; vaya de faltas
y veré por cual me deja.

CONRADO. Ella perderá el juicio
si prosigue en esta tema.

HORTEN. Dice así: «Dejo á Conrado (Leyendo.)
por puntual melindroso,
que, no es bueno para esposo
un hombre tan delicado.»

CONRAD. ¿Yo?
HORTEN. (Lee.) «Dicen que despidió
al que los cuellos le abría,
porque en él, un puño, un día,
más un abanico halló
que en el otro, y si así pasa
no hay falta cual la avarienta;
que quien abanicos cuenta
¿qué hará la hacienda de casa?»

CONRAD. ¡Vive Dios, que la han mentido!
(Hortensio lee.)

HORTEN. «Tampoco á Rogerio quiero,
que, puesto que es caballero,
el serlo ha desmerecido,
pues vive desempeñado
y á mohatras no se atreve;
porque el caballero debe
y no paga el titulado.»

ROGERIO. ¡Donosa falta me puso!
HORTEN. (Lee.) «Feliciano me da enojos,
que tiene azules los ojos
y yo quiero ojos al uso.
Guarda lo azul para el cuello,
por que, si le he de admitir
los ojos se ha de teñir
como otros barba y cabello.
Carlos es desaliñado
y yo no he de ser mujer
de quien no sabe comer,
limpiamente un huevo asado.
Favio, habla con estribillo;
Teodoro, en grosero toca,
pues lo es quien trae en la boca
toda la tarde el palillo.»

CARLOS. ¿Pues esa es acción grosera?
FELICIAN. Si es mondadientes, sacalle
en la boca por la calle,
es ir con la escoba afuera.

HORTEN. (Lee.) «Julio, de barba cerrado,
habla por tiple y senea,
y hará cualquier cosa fea
un hombre tiple y barbado.
Celio es calvo, y para padre
mejor; Decio si se enoja,
el mayor voto que arroja
es, ¡por vida de mi madre!
Marco Antonio trae antojos;
César, copete y guedejas,
zarcillos en las orejas
y echa la culpa á los ojos.
Y, si conmigo se casa
reñiremos por saber
cuál de los dos es mujer
y quién el que manda en casa.

Federico, no penetra lo que á caballero debe: bebe en invierno sin nieve y escribe clara la letra. Valerio ha dado en traer alzada la sotanilla; y hay quien piensa que se humilla y va á fregar ó barrer. Por estos y otros defectos, soy señores de opinión que, si amor es perfección, yo no he de amar imperfectos. Y vivan sobre este aviso mientras con uno no tope tan perfecto como Lope en su *Arcadia* pinta á Anfriso.

ROGERIO. ¿Qué *Arcadia* ó qué Lope es este?

FELICIAN. ¡Qué se yo! O esta *Lucrecia* es loca, ó peña de necia.

CARLOS. Pues aunque no manifieste amarme ¡viven los cielos! que he de hablarla.

ROGERIO. Yo imagino que á igualarnos, cuerda, vino, por no ocasionar los celos que haciendo de uno elección á los demás ha de dar.

CONRAD. Yo, Rogerio la he de hablar que tengo satisfacción, aunque sois nobles y ricos, de que he de verme su esposo.

ROGERIO. ¿Vos, puntual, melindroso, que contáis los abanicos?

CONRAD. Yo sé que la satisfago.

CARLOS. A los demás me prefiero, pues si debe el caballero yo debo mucho y no pago.

FELICIAN. Andad que la dais enojos, y aprended, mas aliñado, á comer un huevo asado.

CARLOS. Sí haré, si os teñís los ojos.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen DON FELIPE, de pastor, y ALEJANDRA.

FELIPE. ¿También ella ha dado en eso?

ALEJAND. El trato y conversación varían la condición; la de mi prima profeso. Cuando tiene poco seso el señor, pocos criados le sirven considerados; en casa del jugador todos imitan su humor; la guerra engendra soldados. A cierto rey, adulaba un privado, ó necio, ó loco; era cojo el rey un poco y el otro le remedaba, sano estando, cojo andaba. Imitaron sus antojos los demás, y dando de ojos cuantos iban á palacio

llenaron en breve espacio toda la corte de cojos. Provincia hubo, cuya gente mandó á cada cual, por ley, por faltar un diente al rey que se sacase otro diente: mueve el objeto presente. Trata en pastores *Lucrecia*, (que caballeros desprecia, después que estos campos mora) y yo imito á la señora, ya sea cuerda, ya sea necia. Esta negra *Arcadia* ha sido de Lope, quien la ha encantado.

FELIPE. La *Arcadia* de Lope ha dado al traste con su sentido.

ALEJAND. Tirso, basta lo fingido.

Yo sé, que aunque jardinero te vendrá el sayal grosero; hablando á lo pastoral, debajo el sayal, hay al.

FELIPE. ¿Qué ha de haber?

ALEJAND. Un caballero.

FELIPE. Bien puedo venirlo á ser; de menos nos hizo Dios.

ALEJAND. Solos estamos los dos; ya sabes que la mujer pierde el seso por saber.

FELIPE. ¿Dime quien eres?

FELIPE. Verá en la locura que da. Regidero fué mi padre, si dice verdad mi madre, y alcalde una Navidad. Cuando nací, no hubo quien no dijese á la parida: no hay cosa más parecida en el pueblo, al sacristén. ¡No lo llevó padre bien! Mas yo que tengo ventura más que un sobrino de un cura, y soy labrador ¡por Dios que pienso, que á ambos á dos les soy en cargo la hechura!

ESCENA II

Sale LUCRECIA con la Arcadia en la mano.

LUCREC. ¿Si hallaré á mi jardinero retratando entre sus flores mis esperanzas y amores?

ALEJAND. Tirso, vos sois caballero: aunque el azadón grosero os dé ejercicios tan llanos, tenéis muy blancas las manos; y aunque más disimuléis los callos que no traéis son guantes de los villanos.

LUCREC. Tirso y Alejandra, están solos.

FELIPE. También tengo yo mis callos.

ALEJAND. Aqueso no, (Tómale una mano.)

FELIPE. Estese queda.

LUCREC. Ya van quilatando mis desvelos el oro de amor, con celos.

ALEJAND. ¿Esta es mano labradora ó cortesana y señora?

LUCREC. La mano le ha dado ¡ay cielos!

ALEJAND. Aquí mi sospecha vea engaños que en sayal fundas, que manos tan vagamundas más son de ciudad, que aldea.

FELIPE. Como ha poco que se emplea en el campo mi labor, aún no he mudado el color.

Estudiaba para cura, mas tengo la cholla dura y quedéme en labrador.

Suelto, que parece mal.

(*Sácale una balona con puntas de cuello.*)

ALEJAND. Que os desmienta amor me manda:

¿dicen bien cambray y randa con el burié y el sayal?

LUCREC. ¿Hay desventura tal?

Don Felipe, al fin, traidor.

ALEJAND. ¿Qué delicado pastor!

Lláméos el que os considera dentro holanda, y sayal fuera,

Tirso hipócrita de amor. Pero *Lucrecia* está aquí.

Turbado os habéis en vella, sed cortesano para ella

y labrador para mí, que, pues andaban así

los pastores de Erimanto, si Anfriso sois, no me espanto

que estime tanto la vida de nuestra *Arcadia* fingida

y que á vos os quiera tanto. (Vase.)

ESCENA III

LUCRECIA y DON FELIPE.

FELIPE. ¡*Lucrecia* del alma mía!

LUCREC. ¿De vuestra alma? Debe ser alma, Tirso, de alquiler con huéspedes cada día.

Quien de españoles se fia llora engaños como yo;

quien jardineros creyó, funde en flores su esperanza,

símbolos de la mudanza, rosas hoy, mañana no.

FELIPE. Si decís eso, mi bien,

porque aquí Alejandra estaba...

LUCREC. A las manos os miraba, gitana, sus rayas ven.

FELIPE. Si nos oyérades bien salieran recelos vanos...

LUCREC. Son ladrones los gitanos; dístese la mano vos,

y amor que es juez porque es Dios os cogió el hurto en las manos.

Ya sabéis vos que en la palma funda el amor su caudal,

pues se la dan en señal los que hacen de dos un alma;

con la vuestra el pesar calma

de Alejandra, dadla el sí, pues darle la mano os vi; que contra agravios villanos la venganza es toda manos y las tendrá para mí.

FELIPE. Admitid satisfacciones.

LUCREC. No las hay para la vista.

ESCENA IV

Sale CARLOS.

CARLOS. Aunque encartado en la lista de faltas é imperfecciones, Condesa...

FELIPE. No me faltaba (*Ap.*) sino aqueste estorbo agora.

CARLOS. En fe que el alma os adora.

FELIPE. Yo maravillas sembraba, (*A Lucrecia.*) que por ser de amor son de oro,

dió Alejandra en porfiar que no se habían de lograr.

CARLOS. Digo que en fe que os adoro, *Lucrecia* mía, no quiero que me desdenáis creer.

FELIPE. Dijo que no habían de ser si espuelas de caballero,

que por azules son celos y por ser espuelas pican.

CARLOS. Muchos que os aman publican esperanzas y desvelos,

que porque os darán enfado con las faltas que escribistes,

discreta los despedistes; y aunque entre ellos señalado yo sé que soy preferido.

FELIPE. Dijo, sembrad, jardinero espuelas de caballero:

respondila, yo no he sido caballero, sí pastor,

ni han de sembrarse en mis eras flores que son caballeras.

CARLOS. ¡Qué importuno labrador!

¿No echaréis de ver, villano, que estoy hablando yo aquí?

FELIPE. Como esto la respondi, llega y cógeme la mano,

y agarra las maravillas que encubierta conoció;

pero, aunque las marchitó, si ella quiere recebillas

bien puede, como no crea engaños y trampantojos que tal vez hacen los ojos.

CARLOS. No me deis causa que sea descortés con la Condesa,

villano, agora por vos.

LUCREC. Andad, Tirso, andad con Dios, que no es buena disculpa esa.

Proseguid vuestro ejercicio, lo que Alejandra os mandó sembrad, que no quiero yo

contradecir vuestro oficio.

¿Trasplantar flores, no es de una á otra parte mudallas?

Pues bien, podéis trasplantallas si el mudarse es tu interés.

- Andad, dadlas otra mano si no basta la primera.
- CARLOS. Menos tratable os quisiera, señora, con un villano.
- LUCREC. Gusto de gente sencilla: mas ya este pastor me enfada porque tiene alma doblada. Idos de aquí.
- FELIPE. Persuadilla quisiera á lo que es verdad.
- LUCREC. Ya os digo que nos dejéis.
- CARLOS. Rústico, vos pretendéis que ofenda la calidad de mi nobleza con vos.
- FELIPE. Que no ofenderá.
- CARLOS. Villano, ¿vos os vais del pie á la mano conmigo?
- FELIPE. Y con otros dos.
- LUCREC. ¡Bárbaro! ¿Con el Marqués?
- FELIPE. Después que soy jardinero y espuelas de caballero traigo, ya que no en los pies, en las manos, he cobrado humos de caballería; el valor nobleza cria. Si me habéis menospreciado, juzgando, por suerte escasa, el sayal que estimo al doble, advertid que el huésped noble tal vez vive en pobre casa.
- CARLOS. ¿Que esto consienta á un grosero?
- LUCREC. ¡Dejadle, que si villano se ha tomado tanta mano, vengarme y vengaros quiero con daros la mano yo, en fe de lo que os estimo como amante y como primo!
- (Danse las manos y quitaselas don Felipe.)
- FELIPE. ¿Cómo amante? Aqueso no; que yo, que este jardín guardo, arranco, si me parece, la mala hierba que crece, y sus espinas escardo. Espuelas de caballero me hizo Alejandra sembrar, y si se han de malograr flores que sembré primero, satisfagan mis desvelos la venganza á que se aplican, ya que como espuelas pican y como azules dan celos, que los planteles que trazo de otra labor han de ser.
- CARLOS. ¿Qué haces, bárbaro?
- FELIPE. Romper, por ir torcido, este lazo.
- CARLOS. Afrenta es, no castigar un loco tan descompuesto.
- (Echa mano Carlos, y riñe con don Felipe con el azadón.)
- LUCREC. Tirso, Carlos, ¿qué es aquesto?
- TIRSO. Esto es, mudable, escardar.
- CARLOS. Y esto hacer que un descortés no lo sea.
- TIRSO. Cortesano,

¿á Lucrecia dais la mano?
Pues no os me habéis de ir á pies.
(Vanse peleando.)

ESCENA V

LUCRECIA.

Gente, pastores, criados, que matan mi jardinero, mirad que sin él no espero dar sosiego á mis cuidados. ¡Oh celos! Confuso abismo como el que os tiene no alcanza, que en vez de tomar venganza la experimenta en sí mismo.

ESCENA VI

Sale don FELIPE.

Yo, Lucrecia, soy de España, mi noble patria es Valencia, que, ni sufre competencia ni perdona á quien la engaña. La guerra es mi profesión, toda cólera y venganza; si agravios causan mudanza, juzgad los vuestros qué son. Que yo, español mal sufrido y vengador valenciano, que enajenar una mano he visto, de quien he sido dueño; si á vuestra promesa es bien que crédito dé, no es justo que tenga fe en mano que otro hombre besa. Si á Alejandra se la di, fué porque quiso, curiosa, como mujer maliciosa, hacer experiencia en mí del oficio que grosero he, por vos, ejercitado, ó, saber si disfrazado era Tirso jardinero. Injurias del azadón buscaba Alejandra en ella: quien disculpas atropella y no oye satisfacción, achaques busca, sin duda, con que excusar su mudanza: hallólos vuestra venganza: no es amor el que se muda. Gozad á Carlos, que es justo mientras que me ausento yo, que, si en la mano cifró prendas, amor de su gusto; y en ella la posesión le dió vuestra libertad, alegrará antigüedad, y, guardársela es razón. Dama tengo yo en Valencia con que despigar enojos, menos crédula en sus ojos, y más constante en mi ausencia. En la *Arcadia* que leistes, aunque hay celos cortesanos, no hallastes venganza en manos,

ni mudanzas aprendistes; y quien estilos no guarda de amores que imitar quiso, no es bien los logre en Anfriso, pues no ha sido Belisarda. Ella es firme y fácil vos; pero contra tales daños templos hay de desengaños donde sane Anfriso: ¡adiós!

(Vase.)

ESCENA VII

LUCRECIA.

Felipe, mi bien, aguarda, cesen venganzas violentas; si, como Anfriso, te ausentas, morirás Belisarda. Yo me cortaré la mano, ocasión de tus enojos; yo me sacaré los ojos que dieron crédito vano á culpas que no hay en ti. Arboles ¿no le estorbáis? Arroyo ¿no le atajáis? ¡Fuese, cielos! ay de mí! Pastoriles sutilezas, si me enseñastes á amar ya me podéis enseñar soledades y tristezas. *Arcadia*, decidme vos con qué paciencia y aviso llevará ausencias de Anfriso Belisarda; y si los dos distantes tuvieron seso para sufrir soledades que en remisas voluntades corduras solas confieso. Celos le volvieron loco á Anfriso, y pues no perdió ella el seso, muestra dió que amaba á su pastor poco. Mas vale en que yo le pierda y en fe de que sé querer, con Anfriso loca ser que con Belisarda cuerda. ¡Flores, que ya espinas pisol ¡fuentes á quien llanto doy! ¡Confesad que loca estoy ó restauradme á mi Anfriso!

ESCENA VIII

Salen CARLOS, ROGERIO, CONRADO, HORTENSIO, ALEJANDRA y ANGELA. Dicha.

- CARLOS. ¿Hay más furioso villano?
- ROGERIO. Muerte os da, á no defenderos.
- CARLOS. Si la vida he de deberos buscadle, que será en vano mientras no me vengo de él hacer de mi vida caso.
- LUCREC. ¡Zarzas, atajadle el pasol ¡arroyos, corred tras él!
- ALEJAND. Prima.
- HORTEN. Alejandra.
- CARLOS. Señora.
- LUCREC. Belisarda soy, pastores.

- Mi Anfriso ausentan traidores ¿qué hará sin él quien lo adora?
- CONRAD. ¿Qué novedades son estas?
- ANGELA. Loca la Condesa está.
- LUCREC. Viviréis contentos ya; haréis en *Arcadia* fiestas, pastores del Erimanto, que Anfriso se fué al Liseo: cumplió á la envidia el deseo vuestro rigor y mi llanto. Industrias de Galafrón y celos de Lerfano, mi Anfriso ausentan en vano pues le guarda el corazón.
- HORTEN. ¿Qué *Arcadia*, qué Galafrones son estos?
- ANGELA. Bien dije yo: desde que Lucrecia dió en leer prosas y canciones de esta *Arcadia* ¡oh, maldición! que el seso había de perder.
- LUCREC. Ausencias, no han de poder, malicioso Galafrón, causar en mi amor olvido. Bronce soy, columna, roca.
- ROGERIO. ¡Vive el cielo que está local!
- CARLOS. Quemad los libros que han sido ocasión de este accidente.
- LUCREC. ¿Por una mano que di, pastor, me dejás así?
- HORTEN. Tenedla.
- LUCREC. Mi Anfriso ausente, no quiero gusto, ni vida.
- CARLOS. ¡Oh! Maldiga el cielo, amén la *Arcadia* y libros también que engañan gente perdida.
- ALEJAND. Prima mía, vuelve en ti.
- LUCREC. ¿Cómo? si soy Belisarda.
- ¿Y tú, cautelosa Anarda, me usurpas Anfriso así?
- ALEJAND. ¿Yo Anarda, prima? ¿Qué es esto?
- LUCREC. Tú, cavilosa pastora siendo á mi amistad traidora en este estado me has puesto.
- ANGELA. Alto, ella ha dado en glosar la *Arcadia* de Lope toda.
- HORTEN. Sobrina.
- LUCREC. Mal se acomoda quien no tiene gusto á amar, caduco padre, á Salicio.
- HORTEN. ¿Quién es tu padre? ¿qué aguardo?
- LUCREC. Mi padre eres, Clorinaro.
- HORTEN. Rematósese el juicio.
- CARLOS. ¡Condesa, señora mía!
- LUCREC. Pues tu Olimpo me consuelas cuando sé de tus cautelas lo que intenta tu portía.
- CARLOS. A todos nos pones nombres. Basta, que Olimpo me llama.
- LUCREC. El engaño al noble infama. ¿Qué importa, traidor, que asombres, mi pastor con tus quimeras, si al fin vence la verdad? Yo le tengo voluntad.
- CARLOS. Alto: aquesto va de veras.
- CONRAD. ¿Hay desgracia semejante?
- LUCREC. (A Conrad.) Menalca, si á Isabel adoras,